

Piratas y tesoros

DIEZ CUENTOS DE PIRATAS



CHRIS MOULD

Este libro
pertenece a

.....

¡Tú, marinero de agua dulce!

*¿Qué te trae a bordo? Siento decírtelo,
pero estas aguas turbias
no son para miedicas; yo de ti daría media vuelta
y mantendría los pies en tierra firme.*

*No te convence, ¿eh? Bueno, pues siéntate en ese
barril de manzanas y escucha con atención. Cuando
lleguemos a mar abierto te contaré todas las historias
de piratas que conozco: paseos por la plancha
y búsquedas de oro; pillos de mar y duelos con espada.*

*Y si eso no te hace volver a tierra espantado,
serás siempre bienvenido. Procura que no se te vuele
el sombrero y no te caigas por la borda...*

Índice

El cofre de Davy Jones - <i>Chris Mould</i>	10
La isla del Tesoro (fragmento) - <i>Robert Louis Stevenson</i>	20
El décimo hombre - <i>Chris Mould</i>	30
El escarabajo de oro (fragmento) - <i>Edgar Allan Poe</i>	38
La tinta del muerto - <i>Chris Mould</i>	46
Dioniso y los piratas - <i>Mito griego</i>	54
Jack Piernacruzada - <i>Chris Mould</i>	64
La música de Mochimitsu - <i>Cuento popular japonés</i>	68
Miedo a la luz de la vela - <i>Wilkie Collins</i>	76
La Joya de Bengala - <i>Chris Mould</i>	88

El cofre de Davy Jones

Chris Mould

Ahí va una pregunta: ¿qué hiela la sangre de bucaneros y asesinos despiadados? Cuando la noche cubre el océano con su velo, ¿de qué hablan los lobos de mar? ¿Qué les llena la cabeza con miedo al navegar durante las largas horas de oscuridad?

Déjame que te lo cuente. Cuando el mundo era más joven y los puertos de Inglaterra rebosaban de marinos y comerciantes, una taberna de mala muerte parecía acurrucarse en el muelle de Bristol. Se llamaba El ojo tuerto y estaba inundada de villanos. En cada rincón, en cada ranura y en cada mesa había algún tipo de doble juego.

El dinero cambiaba de manos sobre las mesas mientras que los bienes robados lo hacían por debajo. Los secretos se susurraban a cambio de un puñado de doblones. Rostros endurecidos y castigados por el tiempo resplandecían a la luz de las velas al tiempo que canallas y bribones bramaban de risa o de rabia. Las espadas se cruzaban y la sangre teñía de rojo el suelo de piedra.

En casi todo, daba la sensación de que el mundo de los piratas al completo estaba en los brazos de aquella taberna minúscula y vieja. Se podía incluso decir que si no bebías en El ojo tuerto, no eras nadie.

¿Y qué hay del dueño? Vil como el que más, sólo estaba contento cuando le rodeaba mala compañía, siempre y cuando corrieran litros de cerveza y el dinero fuera a parar a la caja. Era paticorto, pero tenía las espaldas anchas, los brazos como dos troncos de árbol y la cabeza como un chuletón. Se decía que no temía a hombre alguno y que lo mismo le daba usar puñales que balas para zanjar una discusión.

Pues bien, acompáñame a El ojo tuerto una tarde de verano en la que el sol había abrasado el puerto hasta dejarlo seco y los marineros bebían como esponjas para calmar su sed. A medida que la luz del día desaparecía, el resplandor de las velas se derramaba por la calle a través de las ventanas de la taberna, y el ruido de las peleas mantenía despierto el mundo. Menudo alboroto había aquella noche.

Una tripulación muy conocida había regresado del mar. Venían con riqueza, sí. ¿Pero de quién? Bajo la vibrante luz, los tesoros fueron de un lado al otro de la taberna. Todo el mundo mostraba interés y varios se quedaron boquiabiertos ante lo que tenían delante. Muchos objetos del tesoro tenían un nombre grabado: DAVY JONES.

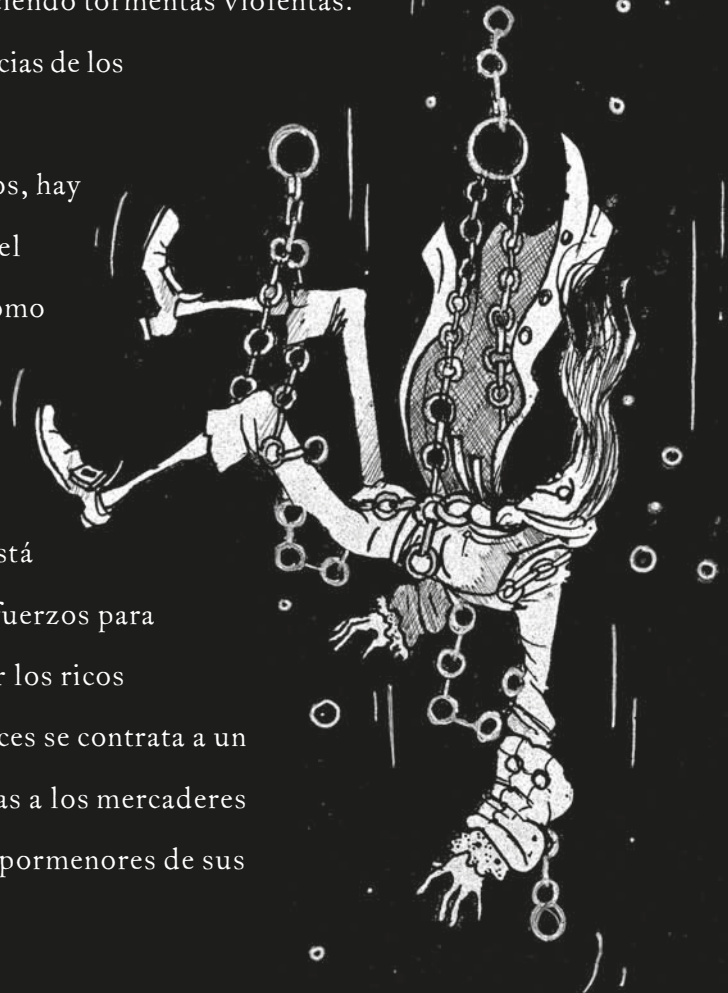
Cualquier marinero digno de la sal del mar sabía quién era Davy Jones. Era un hombre de mar respetable y un gran navegante. Un personaje que no era ni amigo ni enemigo del mundo de los piratas, mas admirado por todos. Pero saber que lo habían atacado para robarle incomodó a todos. Sentían un respeto oculto hacia un hombre que siempre encontraba el camino a casa desde los rincones más oscuros del mundo.

—Davy Jones era el mejor hombre en surcar los siete mares —alguien susurró.

Pero los negocios son los negocios. No había sitio para sentimientos refinados entre aquella tumultuosa multitud de villanos que se daba cita en El ojo tuerto. Davy Jones yacía muerto en el lecho marino, mecido por las infatigables corrientes oceánicas, y todo lo que había poseído en vida se compraba y vendía ahora.

Varios meses después, cuando el tórrido verano era, al igual que Davy Jones, un vago recuerdo, la misma tripulación de piratas desapareció. Habían zarpado contra el consejo de sus compañeros de El ojo tuerto. Poco después de su partida, los vientos otoñales soplaron con furia y con fuerza, produciendo tormentas violentas. El invierno llegó y todavía no había noticias de los desaparecidos.

Cuando los días se hacen más cortos, hay pocas diversiones para los criminales del mar. Si uno ha tenido bastante suerte como para volver a casa, se escapará a las tabernas y hará planes para cuando vuelva el buen tiempo y pueda volver a zarpar. Urdir planes y estratagemas está a la orden del día y se hacen muchos esfuerzos para averiguar a dónde tienen previsto viajar los ricos comerciantes en primavera. Algunas veces se contrata a un muchacho para que escuche a hurtadillas a los mercaderes o para que robe cartas privadas con los pormenores de sus movimientos.



Pero regresemos a El ojo tuerto. En esta ocasión, a mediados de invierno. Una ráfaga de nieve había empolvado el adoquinado de la calle y el fuego ardía todo el día en la taberna. El ojo tuerto era el hogar de mucha maldad, pero ahora parecía amistoso y acogedor. Casi me puedo imaginar entrando y sentándome junto al fuego, quizá con un plato de comida caliente para asentarme el estómago.

Pero fue otra persona quien llegó aquella noche. Arrastraba un viejo baúl tras de sí y se detuvo sin aliento en la entrada para sacudirse la nieve de las botas y secarse los faldones del abrigo. Los rostros endurecidos se volvieron para ver al visitante. Por un momento no lo reconocieron. Pero al fijarse de nuevo en su aspecto, que el mar había dejado sucio

y desaliñado, pronto quedó claro que aquel hombre que estaba ante ellos encorvado y tiritando era miembro de la tripulación desaparecida.

Lo metieron dentro y lo sentaron en su propio baúl junto al fuego para que se calentara los huesos y contara su historia. Le pusieron un trago en la mano pero no tenía ni ganas ni fuerzas para llevárselo a los labios. También le trajeron comida: unos buenos pedazos de pan y de jamón. Pero no, aquel hombre estaba demasiado aturdido para hablar o comer, así que dejaron que se secase las botas junto a los troncos ardiendo.

Debía de ser medianoche cuando abrió la boca. Y al hacerlo, tenía la mirada perdida, como si estuviera soñando la historia que relataba.

—Una tormenta nos desvió y perdimos el rumbo —comenzó—. El cielo estaba negro y las olas inmensas zarandeaban nuestro barco como si fuese una muñeca de trapo. Nos aferrábamos a los cordajes, agitándonos como hojas y empapados de agua salada. El viento nos golpeaba y nos laceraba como acero frío. La lluvia nos martilleaba la espalda. Nunca he visto una noche tan cruel en el mar. El agua de las olas se derramaba sobre la cubierta, y con ella venía todo tipo de basura de las profundidades marinas. Resbalando y golpeándonos con la borda, avanzamos trabajosamente hasta la puerta de la cabina, preparados para lo peor. Nada podíamos hacer en cubierta y sólo nos quedaba evitar hacernos daño y rezar para que no se dañaran los mástiles.

»La puerta de la cabina se abrió con violencia y en lo que dura un suspiro pensé que el viento la arrancaría y se la llevaría al mar. Pero juntos conseguimos entrar y volver a cerrarla para evitar que el agua de la cubierta nos siguiera al interior. Abajo estaba seco y la borrosa luz de las

*Atrévete a conocer
a los granujas más
crueles y despiadados que jamás han
surcado los siete mares en estos diez relatos
sobre piratas terribles de todo el mundo.*

El cofre de Davy Jones
La isla del Tesoro
El décimo hombre
El escarabajo de oro
La tinta del muerto

Dioniso y los piratas
Jack Piernacruzada
La música de Mochimitsu
Miedo a la luz de la vela
La Joya de Bengala

*Un libro escrito e ilustrado
por Chris Mould.*

Combel
EDITORIAL

HODDER/WKT/B1234/02-2012



9 788498 257779